

puso el pie sobre el pecho. De Marsay comprendió que si se movía sería aplastado al instante á una sola seña de Paquita.

—¿Por qué querías matarme, amor mio? le preguntó la española.

De Marsay no respondió.

—¿En qué he podido ofenderte? Habla, expliquémonos.

Enrique guardó la actitud flemática del hombre fuerte que se ve vencido, actitud inglesa, fría, silenciosa, que anunciaba la conciencia de su dignidad mediante una resignación momentánea. Por otra parte, á pesar del impulso de su cólera, había comprendido ya que era poco prudente exponerse á tener que habérselas con la justicia, matando de improviso á una muchacha, sin haber preparado el asesinato de un modo que quedase impune.

—Amado mio, repuso Paquita, háblame, no me dejes sin darme un adiós de amor. No quisiera conservar en mi corazón el espanto que acabas de causarme. ¿Hablarás? dijo golpeando el suelo con el pie, llena de cólera.

Por toda respuesta, De Marsay le dirigió una mirada que significaba tan claramente: «tú morirás», que Paquita se precipitó sobre él, diciéndole:

—Bueno, ¿quieres matarme? Si mi muerte puede complacerte, mátame.

E hizo una seña á Cristemio, el cual dejó al joven y se fué, sin que su rostro notase juicio bueno ni malo acerca de Paquita.

—Eso es un hombre, dijo de Marsay señalando al mulato con sombrío gesto. No hay abnegación como la abnegación que obedece á la amistad sin juzgarla. Tienes en ese hombre un verdadero amigo.

—Si tú quieres te lo daré, y, recomendádoselo yo, te servirá con la misma abnegación con que me sirve á mí.

La joven esperó en vano una respuesta, y repuso con un acento lleno de ternura:

—Adolfo, dime una palabra de cariño, mira, muy pronto va á amanecer.

Enrique no respondió. Este joven tenía una triste cualidad, y decimos cualidad, porque se considera como una gran cosa todo lo que se parece á la fuerza, y muchas veces los hombres divinizan las extravagancias. Enrique no sabía perdonar. El saber mudar de opinión, que es ciertamente

una de las gracias del alma, era un contrasentido para él. La ferocidad de los hombres del Norte, de la que participan mucho los ingleses, le había sido transmitida por su padre. Enrique era inmutable, lo mismo en sus buenos que en sus malos sentimientos. La exclamación de Paquita fué tanto más horrible para él, cuanto que había destruido el triunfo más dulce que jamás había halagado su vanidad de hombre. La esperanza, el amor y todos los sentimientos se habían sublimado en él, todo había brillado en su corazón y en su inteligencia; después aquellas lumbreras encendidas para iluminar su vida habían sido apagadas por un viento frío. Paquita, estupefacta en medio de su dolor, sólo tuvo fuerzas para dar la seña de partida.

—Esto es inútil, dijo la joven arrojando la venda. Si no me ama ya, si me odia, todo ha acabado.

Paquita esperó una mirada, pero no la obtuvo y cayó medio muerta. El mulato dirigió á Enrique un vistazo tan terriblemente significativo que hizo temblar, por primera vez en su vida, á aquel joven á quien nadie negaba el don de una rara intrepidez.

«Si no la amas bien, si le causas la menor pena, te mataré.»

Tal era el sentido de aquella rápida mirada. De Marsay fué conducido con los cuidados casi serviles á través de un corredor iluminado por claraboyas, y al llegar á su extremo salió por una puerta secreta á una escalera oculta que conducía al jardín del palacio de San Real. El mulato le hizo andar con precaución á lo largo de un paseo de tilos, en cuyo extremo había una puertecita que daba á una calle desierta en aquella época. De Marsay se fijó bien en todo, el coche le esperaba; aquella vez el mulato no le acompañaba, y en el momento en que Enrique sacó la cabeza por la portezuela para volver á ver los jardines y el palacio, se encontró con los ojos blancos de Cristemio y cambió con éste una mirada. Por una y otra parte aquello fué una provocación, un desafío, el anuncio de una guerra salvaje, de un duelo en el que cesaban las leyes ordinarias, y en el cual la traición y la perfidia eran un medio admitido. Cristemio sabía que Enrique había jurado la muerte de Paquita. Ambos se entendieron á las mil maravillas.

—La aventura se complica de una manera bastante interesante, se dijo Enrique.

—¿Adónde va el señor? le preguntó el cochero.

De Marsay se hizo conducir á casa de su amigo Pablo.

Por espacio de más de una semana, Enrique estuvo ausente de su casa, sin que nadie pudiese saber lo que hizo durante este tiempo, ni el lugar en que permaneció. Este retiro le salvó del furor del mulato y causó la pérdida de la pobre criatura que había puesto toda su esperanza en aquel á quien amaba como jamás criatura alguna amó en la tierra.

El último día de aquella semana, á eso de las once de la noche, Enrique fué en coche á la puertecita del palacio San Real. Tres hombres le acompañaban. El cochero era evidentemente un amigo suyo, pues se irguió en su asiento, como hombre que, cual atento centinela, quería escuchar el menor ruido. Uno de los otros tres se quedó á la puerta, en la calle; el segundo permaneció de pie en el jardín, apoyado en el muro, y el último, que llevaba un manojo de llaves, acompañó á De Marsay.

—Enrique, hemos sido traicionados, le dijo su compañero.

—¿Por quién, mi buen Ferragus?

—No todos duermen, respondió el jefe de los Devorantes, es preciso que haya habido alguien en la casa que no haya comido ni bebido. Oye, mira aquella luz.

—Tenemos el plano de la casa, ¿de dónde sale?

—No necesito plano para saberlo, respondió Ferragus, sale del cuarto de la marquesa.

—¡Ah! exclamó De Marsay. Sin duda habrá llegado hoy de Londres. Esa mujer me robará hasta mi venganza. Pero, mi buen Gratien, si se me ha anticipado, la entregaremos á la justicia.

—¿No oyes? el asunto está acabado, dijo Ferragus á Enrique.

Los dos amigos prestaron oído y oyeron gritos que hubieran enternecido á un tigre.

—Tu marquesa no ha pensado en que los sonidos podían salir por la chimenea, dijo el jefe de los Devorantes con la sonrisa de un crítico satisfecho de descubrir una falta en una obra hermosa.

—Nosotros somos los únicos que sabemos preverlo todo, dijo Enrique. Espérame, voy á ir á ver lo que pasa allá arriba, á fin de saber cómo se desarrollan esas querellas. Por Dios, que creo que la hace picadillo.

De Marsay subió á toda prisa la escalera que ya conocía, y reconoció el camino que conducía al gabinete. Cuando abrió la puerta, sintió el estremecimiento involuntario que causa al hombre la vista de sangre derramada. El espectáculo que se ofreció á sus miradas tuvo además para él más de una causa de asombro. La marquesa era mujer; había calculado su venganza con esa perfección de perfidia que distingue á los animales débiles. Había disimulado su cólera para asegurarse del crimen antes de ejecutarlo.

—¡Demasiado tarde, amado mío! dijo la moribunda Paquita, cuyos pálidos ojos se volvieron hacia de Marsay.

La *Joven de los ojos de oro* espiraba ahogada en sangre. Todas las lámparas encendidas, un perfume delicado que se sentía, y cierto desorden en el que la mirada de hombre afortunado en amores tenía que reconocer locuras comunes á todas las pasiones, anunciaban que la marquesa había interrogado sabiamente á la culpable. Aquella habitación blanca, donde la sangre resaltaba tanto, denotaba un largo combate. Las manos de Paquita estaban impresas en los cojines. En todas partes se había agarrado á la vida, en todas partes se había defendido y en todas partes había sido herida. Pedazos enteros de las colgaduras habían sido arrancados por sus manos, que sin duda habían luchado mucho tiempo. Paquita debió intentar escalar el techo. Sus pies descalzos estaban marcados á lo largo del respaldo del diván, por el cual tal vez había corrido. Su cuerpo, desgarrado á puñaladas por su verdugo, daba idea del encarnizamiento con que ella había disputado una vida que Enrique le hacía querer tanto. Yacía en tierra, y, al morir, había mordido el pie de la señora de San Real, que conservaba en la mano su puñal cubierto de sangre. La marquesa tenía algunos cabellos de menos, estaba llena de mordiscos, algunos de los cuales sangraban, y su desgarrado vestido dejaba ver sus pechos, llenos de arañazos. De aquel modo estaba sublime. Su cabeza ávida y furiosa respiraba el olor de la sangre. Su boca jadeante permanecía entreabierta y sus narices parecían no bastarle para hacer las aspiraciones. Ciertos animales enfurecidos se precipitan sobre su enemigo, le dan la muerte, y, satisfechos de su victoria, parecen olvidarlo todo. Hay otros que dan vueltas en torno de su víctima, la guardan temiendo que vayan á robársela, y,

al igual que el Aquiles de Homero, dan nueve vueltas en torno de Troya arrastrando á su enemigo por los pies. Así era la marquesa. No vió siquiera á Enrique. En primer lugar, sabía que estaba sola para temer la presencia de testigos; y además, estaba demasiado embriagada de sangre caliente, demasiado animada para la lucha y demasiado exaltada, para ver á París entero, si París hubiese formado un círculo en torno de ella. No habría sentido ni un rayo que hubiese caído á sus pies. Ni siquiera había oído el último suspiro de Paquita, y creía que podía aún ser escuchada por la muerta, á la cual le decía:

—¡Muere sin confesión! ¡vete al infierno, monstruo de ingratitud! ¡no seas ya más que del demonio! Por la sangre que le has dado, me debes toda la tuya. Muere, muere, sufre mil muertes, he sido demasiado buena, no he empleado más que un momento en matarte, y hubiera querido hacerte sentir todos los dolores que me legas. ¡Yo viviré! viviré desgraciada y quedo reducida á no amar más que á Dios!

Dicho esto, la contempló un instante.

—¡Está muerta! dijo la marquesa después de una pausa cambiando de pronto de ideas. ¡Muerta! ¡ah! ¡yo moriré de dolor!

Después quiso arrojarle sobre el diván, agobiada por una desesperación que le quitaba la voz, y entonces este movimiento le permitió ver á Enrique de Marsay.

—¿Quién eres? le dijo corriendo hacia él con el puñal levantado.

Enrique le detuvo el brazo, y, de este modo, pudieron ambos contemplarse frente á frente. Una horrible sorpresa les heló á los dos la sangre en las venas y sus piernas temblaron como las de un caballo aterrado. En efecto, dos gemelos no se hubieran parecido más, y al notarlos ambos dijeron á la vez:

—Lord Dudley debe ser su padre ¿verdad?

Uno y otra bajaron afirmativamente la cabeza.

—Era fiel á su sangre, dijo Enrique señalando á Paquita.

—Era lo menos culpable que podía ser, repuso Mariquita Eufemia Porraberil, que se arrojó sobre el cuerpo de Paquita lanzando un grito de desesperación. ¡Oh! ¡pobre muchacha! ¡quisiera reanimarte! ¡He hecho mal, perdóname, Paquita! Tú estás muerta y yo vivo aún. Yo soy la más desgraciada.

En este momento apareció la horrible figura de la madre de Paquita.

—Vas á decirme que tú no me la habías vendido para que la matase, exclamó la marquesa. Ya sé por qué sales de tu guarida. Te la pagaré dos veces. Cállate.

La marquesa fué á sacar un saco de oro del armario de ébano y lo arrojó á los pies de aquella vieja. Tal sonido del oro tuvo el poder de dibujar una sonrisa en la inmóvil fisonomía de la madre.

—Llego á tiempo para ti, hermana mía, dijo Enrique. La justicia te pedirá...

—Nada, respondió la marquesa. Una sola persona podía pedirme cuenta de esta muchacha, Cristemio, y Cristemio ha muerto.

—Y esta madre ¿no te guardará siempre rencor? le preguntó Enrique señalando á la vieja.

—Es de un país en que las mujeres no son seres, sino cosas de las que se hace lo que se quiere, se venden, se compran, se matan, en fin, se sirve uno de ellas para sus caprichos, como os servís vosotros aquí de vuestros muebles. Además, tiene una pasión que hace capitular á todas las demás y que habría hecho desaparecer su amor de madre, si hubiese amado á su hija; una pasión....

—¿Cuál? se apresuró á preguntar Enrique, interrumpiendo á su hermana.

—El juego, del que Dios te libre, respondió la marquesa.

—¿Y quién te ayudará á borrar las huellas de este capricho, que la justicia no te perdonaría? dijo Enrique señalando á la *Joven de los ojos de oro*.

—Tengo á su madre, respondió la marquesa señalando á la vieja, á la que hizo una seña de que se quedase.

—Nos volveremos á ver, dijo Enrique, que pensaba en la inquietud de sus amigos y quería marcharse.

—No, hermano mío, no nos veremos nunca más. Me voy á España para meterme en el convento de *Los Dolores*.

—Aun eres demasiado joven y demasiado hermosa, le dijo Enrique tomándola en sus brazos y dándole un beso.

—Adiós, dijo ella; nada hay que consuele de haber perdido lo que nos pareció ser lo infinito.

Ocho días después, Pablo de Manerville encontró á De

Marsay en las Tullerías, en la terraza de los Feuillants, y le dijo:

—Hola, pillastrón, ¿qué ha sido de nuestra hermosa *Joven de los ojos de oro*?

—Ha muerto.

—¿De qué?

—Tísica.

París, Marzo 1834—Abril 1835.

FIN

## ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Prefacio . . . . .	5
EPISODIO PRIMERO.—Ferragus, jefe de los Devorantes. . . . .	11
EPISODIO SEGUNDO.—La duquesa de Langeais. . . . .	115
EPISODIO TERCERO.—La joven de los ojos de oro. . . . .	144